

METAS FÍSICAS

NARRATIVA

17/7/2017

VELÁZQUEZ



Es insoportable. A ver... no sé si insoportable es la palabra adecuada. En detrimento, podría decir que es... irritante. Ahí está. Es, mejor dicho, irritante.

Ya sé lo que estás pensando, vos me conocés bien, Noelia.

Se me hace difícil, ¿podés entender? Yo hago el esfuerzo para cambiar, pero ni así me sale. Y no es una obsesión. Si bien tengo muchas, muchísimas te diría, no es una obsesión ni un ensañamiento. A esta altura de la relación que supimos edificar –como te gusta decir a vos– deberías saber que si las cosas fueran de otra manera, te lo confesaría. Así sin más, te lo diría sin vueltas, sin rodeos, sin chistar.

Vamos a hacer una tregua. Vamos a convenir en que no es una obsesión, sino “exceso de observación”. ¿Lo rotulamos así? Me gusta ese título, bien marketinero. Se puede explicar, la gente quiere que le expliquen. Sufro ese mal que nos aqueja a quienes prestamos demasiada atención. Vivir en estado de alerta y, muchas veces, interpretar erróneamente señales que ni siquiera son para uno. Es jodido.

No te quiero marear, sé que te cuesta seguirme el rastro cuando me pongo introspectivo. No revolees los ojos, por favor. Mirá si seré observador que, aun sin verte, infiero con certeza lo que estás haciendo mientras te relato mi miseria. Pero nunca respondes. Bueno, en cierta forma sí, pero los monosílabos y las preguntas retóricas me estresan, es decir, no sé si puedo catalogar como respuesta hecha y derecha algo que se parece más a un regate, a una conciliación obligatoria.

¿Dónde estaba? Ah, sí, ya me acordé. Entonces yo estoy llegando a la esquina y ¡pum! Un auto. O una moto. O una bicicleta. No importa qué vehículo sea el que esté circulando en ese instante, justo cuando voy a cruzar la calle, no me dejes divagar. A ese encuentro está ligada mi irritación. Es así tal cual te lo estoy contando, Noe: cada vez que llego a una intersección, alguien está viniendo.

Ponete en mi lugar. Imaginá que es de día, soleado, a la hora de la siesta, los pájaros en las ramas haciendo bulla, los quejidos tradicionales de las casas bajas revolcándose en el eco lejano del encierro... ¿me seguís? Y vos ahí, caminando lo más pancha, disfrutando de las veredas a medio hacer, gozando una tranquilidad idílica, percibiendo la tracción del oxígeno entrando por la nariz –refrescando los conductos vacíos– y saliendo por la boca –porque así es como hay que respirar– (perdón si te guiño el ojo, aunque no me veas) y, de pronto, para arruinar esa escenografía soñada, cuando te dispones a cruzar la calle para acceder a la otra cuadra –¿notas la acción inofensiva que estoy planteando?– aparece un algo o un alguien acelerado dispuesto a arruinarte el camino a vos y el fin de semana a tus parientes...

Es irritante, ¿verdad?

No te rías. Seguro que te estás riendo. La verdad es que no soporto que hagas eso, Noelia, que minimices todo como si fuera sencillo. ¡Qué lindo cuadro colgaste! A esa pared le faltaba un adorno... ¿Caravaggio?

A veces recapacito y asumo mis errores. Me siento bien cuando eso sucede. Porque sucede, no es algo que ejerza conscientemente, al menos no del todo. Es como si dejara que mi cabeza descansara unos minutos. Un estado de relajación para no culparme por caminar despacio, aunque enseguida vuelvan las recriminaciones.

Yo sé que te ubiqué en un escenario ideal y que estoy alterando los hechos para que jueguen a mi favor, lo reconozco, pero no podés negar que estos agitadores al volante desconocen todo tipo de reglamento: ni siestas pueblerinas ni optimismos letales resisten ante la imprudencia de los apurados.

Uf... ¡qué difícil es este ejercicio que me propusiste la semana pasada! ¿O fue la anterior? No sé, no viene al caso, y tampoco hace falta que actives ese semblante compresivo. Soy un mal alumno, pero esto de respirar en varias etapas... Noelia, me estás obligando a analizar cómo respiro. Eso es un proceso automático que hace el cuerpo ¿sabías? Me hiciste exaltar. Por lo general, a esto de los autos y que no frenen y que uno tenga que rodearlos por detrás para no perder el ritmo o para no llegar tarde o por simple acto justiciero, lo pienso nada más. Nunca lo enuncio. No me jacto. No me gusta que me vean angustiado y menos me gusta que se burlen de mí cuando les explico que siempre hay alguien llegando a la esquina al mismo que tiempo que yo.

Es ley. Es metafísica. Hace un par de semanas me corrigieron, me explicaron que la metafísica es como una filosofía, pero peor. ¿Cómo se dice cuando algo no se puede ver ni tocar? Bueno, no importa, no me interrumpas que justo se me vino a la cabeza esto que te iba a contar antes...

¡Ah! Me dijeron de todo, que era un exagerado y que esto de lo que me estoy quejando –aunque no lo considero una queja– siempre va a pasar, y va a desmejorar, porque las estadísticas no mienten. Todos hablan como si supieran. Yo creo que tienen razón, pero no se los digo. ¡Es que me enoja tanto que no lo entiendan! ¿Acaso no les pasa? Tal vez sí, pero no lo quieren admitir.

Te pido perdón. Hoy no puedo hablar de otra cosa. Para ser sincero, tenía en mente hacerte una pregunta sobre un sueño que tuve, o más bien una pesadilla, que me hizo saltar de la cama hace unos días. No recuerdo bien qué era. Según investigué, no podemos recordar más que los últimos diez segundos de lo que se estuvo soñando justo antes de despertar.

¿Alguna vez te pasó? ¿Esto de soñar algo que después, en el día, te resulta súper interesante, pero está incompleto? Nunca resulta positivo el esfuerzo que hacemos por traer esas imágenes a nuestra cabeza. Por eso me parece raro que, habiendo tantas cosas en las que los seres humanos coincidimos, nadie perciba ese capricho del universo de imponernos un freno a los transeúntes en cada esquina porque está por pasar un auto.

Noelia, decime la verdad... ¿estás aburrida? Esperá un segundo... listo, ya está, ya lo apagué. Me sonó un recordatorio en el celular. Disculpá, ¿de qué estábamos hablando? Lo que pasa es que si me olvido de esta pastilla el dolor no se me va,

entonces la tomo religiosamente cuando corresponde. ¿Me alcanzás un vaso de agua? Dale, te espero, mientras te sigo contando: esta mañana hablé con mi hermano, me dijo que el seguro va a reconocer los gastos de la operación y lo que cuesten todos los demás trámites, por suerte. Dice que está confirmado, que en el informe sale que yo no tuve la culpa, que el tipo que manejaba el auto estaba enviando una nota de voz por WhatsApp, venía distraído y –gracias- ... Mmmm, irica el agua! ¿La sacaste de la canilla? Acá no es muy buena. Allá en el pueblo mis viejos siguen tomando de la canilla.

Pero la puta madre... qué feo cuando te imaginás algo y en tu cabeza sale perfecto, para que después la realidad te atropelle como me pasó a mí. Uno viene despistado, muchas veces desprevenido, pensando en otras cosas, las manos en los bolsillos, el mentón alzado al cielo, qué sé yo. Lo que quiero decir es que yo todo el tiempo que me pasé formulando esta idea de la metafísica acerca de los autos que llegan a la esquina en simultáneo con los que vamos de a pie por la acera, no sirvió de nada. Me cagó una simple definición de diccionario, una interpretación, una convención. Encontraron una falencia en mi relato y algo de razón tienen, aunque no se las quiera dar.

¡Pará! ¡Perdón! Me acordé de lo que soñé el jueves. Creo que era jueves porque... Sí, era jueves porque Emilio – ¿lo conoces a Emilio, un amigo mío?- ofrece un descuento con la tarjeta en su restorán, “Copa del Rey”. Fanático del fútbol español y del vino, el hombre. Entonces fue el jueves, se ve que comí mucho, “como un desgraciado” diría mi papá. Tendría que llamarlo. Desde el día del accidente que no lo veo. Bah, ese día tampoco lo vi, sé que mi hermano los fue a buscar al pueblo y vinieron a visitarme, pasaron, saludaron, comparecieron lastimosamente –todo según las enfermeras- y se fueron. Están grandes y la humedad los aniquila, acá es tremendo el clima.

El jueves tuve este sueño, una locura toda la parafernalia que le agregamos al relato *orínico* posterior... ¿se dice así? No, onírico, se dice. Así está bien. Linda palabra esa. Como metafísica, pero ninguna de las dos me sirve.

Había salido con Julia, ¿te acordás de Julia? Charlamos, por Facebook, en cuatro ocasiones distintas, de forma muy impersonal, como si estuviésemos apurados por algo más importante, lo deduzco fácilmente por la cantidad grosera de faltas de ortografía que ambos esgrimimos. “Le voy a dar una chance”, pensé, y la invité a salir. Fuimos al restorán de Emilio, previa llamada para reservar la mejor mesa, la que según todos los comensales que frecuentan el lugar es “la más romántica”. Es comida fusión peruano-japonesa desde hace un par de meses, aunque a Emilio siempre le gustó la comida picante proveniente de India. Sobre todo, el plan se sospechaba perfecto porque era jueves y, además del porcentaje de descuento que me da mi tarjeta de crédito, Emilio me cobra la mitad o poco más de la mitad. Me hace rebajas, digamos.

En esta situación ideal que te estoy describiendo, Noelia, no voy a dejar lugar para los detalles calamitosos. Simplemente quiero destacar cuán en las antípodas nos hallábamos al comienzo de la velada: después de ubicarnos en la mesa (luego de

mi intento fallido de caballerosidad, se trabó la pata de la silla con la alfombra y casi tiro a Julia al suelo), llamé al camarero y le pedí un muy buen vino blanco, lo caté y le sirvió a Julia, que lo cortó en seco mientras decía “no, no, no” –repetidas veces– “agua, por favor”.

No contento con el accionar torpe de mi acompañante, decidí comportarme como un verdadero *sir*: hablamos de su trabajo en el jardín de infantes, yo le conté sobre mi presentación ante ese gran cliente, aunque no le pude especificar fechas, nombres, motivos.

Su gesto nefasto frente a la carta del lugar era, cuanto menos, preocupante. A ver, Noe, ¿cómo reaccionarías vos? Te llevan a un comedor de primer nivel y te dan la posibilidad de elegir el mejor plato, las mejores guarniciones... ¿y ponés esa cara de amarga? No sé, creo que me contuve de forma adecuada. Yo avizoré al mozo en las mesas contiguas, le chisté y ordené pollo tanduri, un extra de salsa curry, una panera con variedad de formas y sabores para complementar; Julia deslizó la carta sobre su costado derecho (precauida, quitó en primer lugar la servilleta que yacía debajo) y dijo, sin ton ni son: “una milanesa de pollo con papas fritas y puré de calabaza”. Qué excéntrica, me dije a mí mismo.

Te dije que no me iba a ir por las ramas. La cuestión es que congeniamos, ella predispuesta a contar su historia, yo hambriento y por ende callado. Fui buen oyente, Noelia, ¿no me reclamabas que mejore mis habilidades de diálogo? Cuando opto por el vino blanco me sube escepticismo. Julia tiene buen cuerpo, estimo que una de las razones es porque toma mucha agua, pero no me gustan sus orejas, las tiene bastante separadas de la cabeza. Sostuve en demasía la mirada y la recorrí lo suficiente como para que me lo recrimine con un ademán contrariado, al tiempo que intentaba contarme cómo su mejor amiga había vendido un cachorro de *pug* por internet.

Sin embargo, hubo momentos ¿sabés? Miradas. A veces extendía mi mano para acariciarle el codo, pero ella se rehusaba al contacto físico. Julia es tímida, a pesar de que pudimos charlar sin inconvenientes sobre propaganda política, París como destino clásico de lunas de miel o el estilo de Sábado, que por predecible no deja de ser cautivante.

Algo de mí la aterró, sus gestos escondían algún tipo de miedo. Mi perseverancia en la tarea de demostrar que puedo ser un buen anfitrión, la asustó. La espantó.

Julia acomodó sus cosas y se levantó para ir al baño, sin dejar lugar a que yo pueda exhibir mi preocupación caballeril. Hacía mucho calor dentro del recinto, ya te comenté lo mucho que admira Emilio a la cultura hindú y, bueno, allá hace calor, de hecho. Él comulga con tal idiosincrasia y pretende mimetizarse al extremo. Se le complica con el asunto de las vacas sagradas, su corte favorito es el vacío y no lo puede dejar.

Sí, ya sé, Noe, cuesta enfocarme. Debe ser la medicación, a pesar de que me digas que este “déficit de atención”, sí, hice las comillas con los dedos, viene de antes del accidente.

Yo la vi levantarse de la mesa con rapidez y un poco atolondrada, me costó seguirle los movimientos. Estampó sus rodillas en el borde de la mesa de madera, que sobresale un poquito.

Emilio privilegia el gusto de los amantes y es sabido que esa gente prefiere la intimidad al escándalo, lo minimalista a lo ostentoso. El parqué es de color oscuro, las luces tenues, los cuadros impresionistas de colores pastel, la música de fondo instrumental y prácticamente inexistente. Las mesas son mesitas, bien bajitas y estrechas, para que los enamorados puedan incorporarse, recostarse en los platos soperos y darse piquitos en arrebatos de extrema pasión, amedrentada por el sojuzgamiento visual de turno.

A Julia, en definitiva, se le dificultó la salida. Estaba vestida con un pantalón de jean holgado y un suéter extenso que le cubría la retaguardia, birlando mi acto reflejo y frustrando los instintos más viriles del salón curioso.

La cosa es que el baño estaba lejos, "tan lejos que se debe haber perdido" pensé yo casi tomándome el pelo, para distraerme tal vez de la soledad inminente. Ante su sorpresiva demora, me quedé sentado, transpirada la frente y las muñecas.

Me quedé sentado hasta que Emilio me hizo señas desde la barra, mientras lustraba por dentro un vaso que antes habrá contenido algún trago espirituoso. Me hizo que "no" con la cabeza, en un movimiento lento, pero preciso, y bajó los párpados con solemnidad. Pude interpretar, sin mucha dificultad, que como buen amigo había mandado hacer inteligencia y en el baño de mujeres no encontraron a ninguna parecida a la que me acompañaba. Yo me enojé, me enojé mucho. Mascullé insultos de telenovela y maldije al clima, al reloj de números romanos, a Trump, a Pentecostés.

Fui capaz de disimular mi ira por unos minutos. No quería que los otros clientes, inmersos en el acto retórico-amoroso previo al roce de los cuerpos, se percataran de mi desgracia. Me acerqué a Emilio, que me miraba con compasión. Le hice un gesto con la palma de la mano derecha hacia abajo, los cuatro dedos juntos excluyendo al pulgar, le pedí calma y sobriedad. Estiré el plástico, lo pasó por un aparato para cobrar, firmé lo que había que firmar. Finalmente, estreché su mano que me devolvía un apretón fraternal. Resbaló sobre la última sacudida y quedé libre para lanzarme a la aventura.

Salí disparado del local dispuesto a recuperarla, incluso a escuchar una excusa bien elaborada. No voy a discutir quién sufre más, si el que deja o el que es dejado.

Hice lo que pude para respirar bien, Noelia, pero no lo logré. Estaba agitadísimo por la carrera y preocupado por la desdicha de otra posible Navidad solitaria. Cuando mis ojos percibieron su espalda finita, en su andar nervioso, su mirada convulsionando hacia los costados, aceleré el paso.

¿Cuánto tiempo me queda? Desde que se me rompió el reloj ando desorientado, aclaro que también tenía brújula. Era completo. Lo había heredado de algún bisabuelo o tatarabuelo que nunca conocí. No se hacen más relojes así.

¿Reparaste en mi forma de hablar? Tomá nota, Noelia, no te distraigas, comportate. Te traje un libro de regalo, lo dejé en la mesa de entrada.

Cuando la tuve a menos de cinco metros, le chiflé suavemente y cortito. Le dije: "Julia, ¿adónde vas?", al mismo tiempo que aflojaba el paso y esquivaba charcos y baldosas flojas. Ella se desconcertó, naturalmente. Mi tono de voz era extraño y mi respiración entrecortada; mi argumento, escaso. No alcanzó a darse vuelta del todo, me miró de refilón y se echó a correr. Gritó "¡Salí de acá!" y todos a su alrededor detuvieron por medio segundo sus rutinas, después siguieron encerrados en sus celulares y sus maletines con combinación de seguridad.

Vos sabés que no soy un tipo intolerante ni violento, hoy lo recuerdo y me desconozco, no me gusta esa parte tan salvaje a la que apelé para hacerme de su amor. Sin embargo, como ya te imaginarás (es notable tu perspicacia y tu sentido de oportunidad para tragar saliva) no sirvió de nada todo el despliegue de mi masculinidad al trote.

Cuando me quise acordar ya estaba en la mitad del pavimento, aún muy lejos de ella que seguía clamando comprensión, supongo. Ya estaba en el meridiano del asfalto. Siempre me sonó a algo que está en el medio, "meridiano". El diccionario asocia la palabra hasta con la siesta; no me importa, para mi relato encaja fenomenal y después contásele a quien quieras. Alcancé a mirar a mi izquierda en la avenida y recuerdo haber suspirado aliviado, porque en educación vial no hay quien me venza. Pero el destino es cruel y, cuando creía haber superado el escollo del entuerto que provoca el paroxismo, desde mi derecha sentí el impacto y después no sentí nada más. Es irritante. Alguien tiene que hacer algo, no sé quién, pero lo tiene que hacer ya.

No te preocupes, yo sé que no me chocaron el jueves. Creo que la medicación me hace mezclar los acontecimientos. Me mareo cuando pienso demasiado y me apasiono.

¿Qué curioso, no? Como a uno lo pueden cambiar tanto los remedios que hasta se olvida de sus hábitos. ¿Es la hora? Estuvo bueno hoy, ¿no? ¿Te aburríste? Acordate, te regalé un libro. Ya te lo deben haber guardado con tus cosas. ¿Me puedo ir? Bueno, Noelia, muchas gracias. Si la ves a Julia decile que le mando saludos y que me perdone, que no la quise asustar.

Gracias.